

UNA SINCRONÍA INSOPORTABLE: FUNES EL MEMORIOSO*

José Pedro Pizarro Suescum, Universidad de Sevilla.

Resumen: Sin ánimo de imponer finalismo a su lectura, este trabajo posiblemente esté abocado a la aporía. El objetivo, acaso pretencioso, es reconstruir el texto borgeano seleccionando una serie de claves hermenéuticas, y sintetizando contenidos que adjuntaremos a éstas. Puesto que no existe lectura neutra, en ocasiones nos posicionaremos fuera del texto, tergiversando su contenido quizá, pero añadiendo (posibles) convergencias y divergencias con otros autores.

Abstract: Without wishing to impose finality to his reading, this paper may be doomed to aporia. The purpose, perhaps pretentious, is to reconstruct the text of Borges selecting a series of hermeneutical keys, and synthesizing content that will attach to them. Since there is no neutral reading, we'll sometimes set outside the text, distorting its content may, but adding (possible) convergences and divergences with other authors.

Non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere
Baruch Spinoza

Todo se penetra. La lectura de los clásicos que no distinguen los ocasos me ha vuelto inteligibles muchos ocasos en todos sus colores. Hay una relación entre la competencia sintáctica por la que se distinguen los valores de los seres, de los sonidos y de las formas y la capacidad de comprender cuando el azul del cielo es realmente verde y qué parte del amarillo existe en el verde azul del cielo. En el fondo es lo mismo: la capacidad de distinguir y de utilizar. Sin sintaxis no hay emoción duradera. La inmortalidad es una función de los gramáticos.

Bernardo Soares

1. Recuerdos útiles

Sin saber si ha lugar, no hace mucho tuve la suerte de asistir a una conferencia en la que se trataban las relaciones entre filosofía y literatura en Borges¹. Desde un primer momento, y no por ser adicto a sus textos, no por tener sus *Obras Completas*, pensé que sacar conclusiones sobre esa cuestión era una tarea sin fin, una *búsqueda sin término*, que diría Popper. Y pensé eso porque a poco que se lean sus párrafos, por escasa que sea nuestra información sobre sus fuentes, sobre sus infinitas lecturas, creo que se impone considerar a Borges un *eclético*. En efecto, un individuo cuya vida ha sido esencialmente lectura y

* Quisiera expresar mi agradecimiento al profesor Juan Arana por brindarme la oportunidad de publicar este trabajo, y también a los profesores César Moreno y Federico Rodríguez, que, en el contexto de sus clases, mucho me hicieron pensar.

¹ La conferencia se tituló: "Provocaciones filosóficas de Jorge Luis Borges". En adelante, usaremos como expresión parte del título.

escritura, que ha leído tanto, que *se figuraba el paraíso bajo la especie de una biblioteca*, no podía ser otra cosa. Esto último (pienso) pudiera ser una buena idea regulativa a la hora de leer e interpretar sus textos, que no su obra.

Interpretar sus textos, en plural. Pero son muchos los textos, cuentos, poemas, ficciones: *caute*. En este trabajo nos vamos a centrar en uno de sus bellísimos cuentos, acaso la categorización estética sea la menos pretenciosa, la menos constrictora. Nos centraremos en *Funes el memorioso*, recogido en el volumen *Ficciones*. Según nos cuenta el propio Borges, *es una larga metáfora sobre el insomnio*², por ello podemos pensar que sería recomendable tener en cuenta esta brevísima sinopsis, exenta de autocomplacencias, o al menos siendo éstas voluntarias. Obviamente, resulta razonable que un escritor sepa qué está escribiendo. Por lo demás, esa sinopsis no tiene por qué considerarse falsa o verdadera; la literatura no entiende de valores de verdad: aquí evitaremos caer en refutaciones, pero sí conjeturaremos ciertas cosas.

Qua filósofo, entramos en arenas movedizas, no puedo decir sino que este cuento es muy filosófico. Por dos simples razones: se mencionan varios filósofos, y se tratan temas muy caros a la filosofía (la memoria, la *Mathesis Universalis*, los nombres propios, los sistemas categoriales, etc)

2. Polifonía

Existe, *dice Nietzsche*, una inocencia de la admiración: *la tiene aquel a quien todavía no se le ha ocurrido que también él podría ser admirado alguna vez*³. Pensemos, casi por juego dialéctico, en los dos sujetos que intervienen implícitamente en el aforismo: el admirador inocente, y, en el caso que nos interesa, el individuo admirado. Tal es la relación entre el narrador (Borges) y Funes. Entre ambos, por tanto, se establece una relación afectiva, el maestro Funes es admirado por sus cualidades: lo cual no le desagrada, porque nadie es maestro si no es reconocido como tal, en vida o en muerte. Por otro lado, el aprendiz, que no sabe hasta dónde puede dar de sí, puede llegar a ser maestro: no sabe que algún día podría ser objeto de admiración.

En las relaciones hay distancias, nunca hay fusión entre dos individuos, es decir: hay un resquicio de intimidad siempre opaco al otro. No hay que ver aquí una suerte de lenguaje o vocabulario privado, antes bien se trata de una subjetividad intransferible. Del mismo modo, no puede haber sincronía entre dos individuos, los cuales responden a distintas vivencias articuladas de diferentes

2 BORGES, J. L.: "Prólogo"; en *Artificios*, recogido en: *Ficciones*, Madrid, Planeta de Agostini, 1985, p.119

3 NIETZSCHE, F.: *Más allá del Bien y el mal*, trad. y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1972, 118, p.101

modos. No hay, pues, homeostasis entre individuos, y es bueno que así sea, ya que *una cosa que queda explicada deja de interesarnos*⁴.

Esta distancia que conjeturamos, se palpa en el texto mismo:

Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, sólo un hombre en la tierra tuvo derecho y ese hombre ha muerto) con una oscura pasionaria en la mano, viéndola como nadie la ha visto, aunque la mirara desde el crepúsculo del día hasta el de la noche, toda una vida entera⁵

Inmediatamente después:

Lo recuerdo, la cara taciturna y aindiada y singularmente remota, detrás del cigarrillo⁶

Acto seguido:

*Recuerdo (creo) sus manos afiladas de trezador*⁷

Hasta el primer punto y aparte, encontramos tres oraciones más con el verbo “recordar”, como las primeras: con el sujeto omitido y en primera persona del singular. Sin embargo, es curioso que éstas últimas, en contraposición con las tres primeras, no incluyen “aclaraciones”. Al usar este término, hago referencia a la noción de distancia que venimos usando. Nótese cómo los paréntesis que acompañan al verbo “recordar”, imprimen una distancia entre el narrador y lo narrado: estilo indirecto, explicitado.

Empezamos a ver más cosas, ahora ya no sólo aparecen Funes y el narrador (Borges), lo que antes explicitaba el afuera de la palabra “narrador”, ahora se ha

4 Íbid. 80, p.94. Este aforismo continúa: *-¿Qué quería decir aquel dios que aconsejaba: "¡Conócete a ti mismo!"? ¿Acaso esto significaba: "¡Deja de interesarte a ti mismo! ¡Vuélvete objetivo!"? - ¿Y Sócrates?- ¿Y el "hombre científico"?*
Creemos que Nietzsche se inspira en Goethe:

*¡Conócete a ti mismo! ¿Qué quiere decir eso?
Significa ¡sé tu mismo!, o acaso ¡no lo seas!
No es más que un lema de los buenos sabios
contradictorio en su brevedad
¡Conócete a ti mismo! ¿Qué saco yo con eso?
Si logro conocerme, al punto debo irme
Es como si, no habiendo llegado a un baile de disfraces,
me quitara enseguida el antifaz*

(Citado en: SCHOPENHAUER, A.: *El arte de conocerse a sí mismo*, ed. & intro. & notas de Franco Volpi, trad. de Fabio Morales, Madrid, Alianza, 2008, Introducción, p.14)

5 BORGES, J. L.: “Funes el memorioso”, en *Artificios*, recogido en: *Ficciones*, Madrid, Planeta de Agostini, 1985, p.121

6 Íbid. p.121

7 Íbid. p.121

desligado: es el mismo Borges, como personaje, inmerso en los hechos referidos. Pero hay más, parece como si Borges nos invitase a *escribir la lectura*:

Me parece muy feliz el proyecto de que todos aquellos que lo trataron escriban sobre él; mi testimonio será acaso el más breve y sin duda el más pobre, pero no el menos imparcial del volumen que editarán ustedes⁸

Considero interesante la expresión *el volumen que editarán ustedes*. A primera vista, podemos decir que converge con la expresión de R. Barthes, y es que las lecturas (atentas) comportan subrayados, anotaciones (también artículos, libros, capítulos en éstos). Pero esto último, quizá nos llevara a considerar aquél texto como éxito autoproclamado, si bien de modo débil, pues editar es algo más que leer. Aunque, fuera de estas tentativas maliciosas, también podemos entender esos capítulos que editaremos como *inscripciones* que quedarán en nuestra memoria, como recuerdos; lo cual nos convierte también en *testigos del texto*: testigos cuyos *testimonios* serán, también, *imparciales*.

De momento, seríamos Borges, el narrador, nosotros (yo), y Funes; por si fuera humilde el cuadrado, ahora añadimos un nuevo lado: el Funes que rememora Borges (el Funes referido) se bifurca, aparece también el Funes interlocutor. Como si no fueran bastante éstos cinco ángulos de visión, ahora aparece también el primo del narrador: un tal Bernardo Haedo.

Por lo pronto, Funes no había empezado a hablar, Borges y el narrador le habían evitado la tarea; pero la cortesía tiene sus límites. Después de haber como insinuado su aparición, no sin elipsis tal vez, Funes hace acto de presencia:

*Bernardo le gritó imprevisiblemente: ¿Qué horas son, Ireneo? Sin consultar el cielo, sin detenerse, el otro respondió: Faltan cuatro minutos para las ocho, joven Bernardo Juan Francisco. La voz era aguda, burlona*⁹

Tras un punto y aparte, *como quien despierta*, interviene Borges:

Yo soy tan distraído que el diálogo que acabo de referir no me hubiera llamado la atención si no lo hubiera recalado mi primo, a quien estimulaban (creo) cierto orgullo local, y el deseo de mostrarse indiferente a la réplica tripartita del otro¹⁰

De nuevo la aclaración, de nuevo el paréntesis que se interpone entre lo sucedido y lo contado. Merece la pena destacarse que el primo del narrador, interviene como conciencia subsidiaria de éste: es quien recaló los hechos, *phármakon* de la memoria. Así, una vez estimulada su atención:

Me dijo que el muchacho del callejón era un tal Ireneo Funes, mentado por algunas rarezas como la de no darse con nadie y la de saber siempre la hora, como un reloj.

8p.122

9 p.123. En el texto, cursivas y normales se muestran antitéticas respecto a nuestra cita. Invertimos su relación con el fin de no romper la continuidad de nuestra gráfica

10 p.123

Agregó que era hijo de una planchadora del pueblo, María Clementina Funes, y que algunos decían que su padre era un médico del saladero, un inglés O'Connor, y otros un domador o rastreador del departamento del Salto. Vivía con su madre, a la vuelta de la quinta de los Laureles¹¹

Este fármaco más bien parece inútil remedio, mejor no haber preguntado. No parece existir común acuerdo en quién sea Funes, no vale, con él, el *sentido común*. *No se da con nadie*, pero qué importa si siempre sabe la hora: estamos ante un individuo atento; aquéllos que hablen de él, incluso por experiencia propia, parecen condenarle a ser lo que no ha sido¹². Aunque esta “conclusión” estaba implícita en la advertencia del narrador¹³, lo cual nos hace incurrir en circularidad.

Por lo demás, estas condenas se hacen calvario y Bernardo vuelve a *usar la técnica del anacronismo, esta vez acaso involuntario (o inconsciente)*¹⁴:

Los años ochenta y cinco y ochenta y seis veraneamos en la ciudad de Montevideo. El ochenta y siete volví a Fray Bentos. Pregunté, como es natural, por todos los conocidos y, finalmente, por el “cronométrico Funes”. Me contestaron que lo había volteado un redomón en la estancia de San Francisco, y que había quedado tullido, sin esperanza. Recuerdo la impresión de incómoda magia que la noticia me produjo: la única vez que yo lo vi, veníamos a caballo de San Francisco y él andaba en un lugar alto; el hecho, en boca de mi primo Bernardo, tenía mucho de sueño elaborado con elementos anteriores¹⁵

Con Nietzsche de nuevo, recordamos que *no existen hechos sino interpretaciones de hechos*. Este tolerante aforismo no le habría gustado mucho a Funes, porque sus interpretaciones, como iremos desvelando, no son tales. Este señor no profesa el democrático arte de la pregunta, si acaso la petición cortés (que parodia los signos de interrogación). De vuelta al círculo, notemos cómo nuevamente se malinterpreta a Funes; Borges no vacila en decirnos que *el hecho, en boca de su primo, tenía mucho de sueño elaborado con elementos anteriores*.

Es bien sabido, que en los pueblos pequeños todo el mundo se conoce. Este dicho, en tanto tópico, no es del todo correcto, a menos que sólo seamos rumores. Lo cierto es que Funes, parece que verificó un rumor, supo que Borges había iniciado el estudio del latín. Anteriormente hemos insistido en que el hablar sobre Funes, no era sino tergiversarlo, ya se nos avisaba de que *recordar es un*

11 Íbid. p.123

12 Décadas antes, Nietzsche decía: *Hablar mucho de sí mismo es también una forma de ocultarse*. (NIETZSCHE, F.: 1972, 169, p.110) Asimismo, Pessoa, no en vano mucho más nihilista, escribe que *hablar es tener demasiadas consideraciones con los demás* (PESSOA, F.: Libro del desasosiego, trad. de Ángel Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1986, p.65) Insinuamos una tríada de soledades, únicamente convergentes en el texto, el *tertium quid* sería Funes.

13 Ver texto citado (nota 7)

14 Parafraseamos aquí una expresión de Borges presente en “Pierre Menard, autor del Quijote” (BORGES, J. L.: p.59)

15 Íbid. p.124

verbo sagrado. Pero Funes es un *nombre propio*, exclusivo, tiene autoridad para referir hechos. Máxime si fue él mismo quién participó:

No sin alguna vanagloria yo había iniciado en aquel tiempo el estudio metódico del latín. Mi valija incluía el *De viris illustribus* de Lhomond, el *Thesaurus* de Quicherat, los comentarios de Julio César y un volumen impar de la *Naturalis historia* de Plinio, que excedía (y sigue excediendo) mis módicas virtudes de latinista. Todo se propala en un pueblo chico; Ireneo, en su rancho de las orillas, no tardó en enterarse del arribo de esos libros anómalos. Me dirigió una carta florida y ceremoniosa, en la que recordaba nuestro encuentro, desdichadamente fugaz, “del día siete de febrero del año ochenta y cuatro”, ponderaba los gloriosos servicios que don Gregorio Haedo, mi tío, finado ese mismo año, “había prestado a las dos patrias en la valerosa jornada de Ituzaingó”, y me solicitaba el préstamo de cualquiera de los volúmenes, acompañado de un diccionario “para la buena inteligencia del texto original, porque todavía ignoro el latín”. Prometía devolverlos en buen estado, casi inmediatamente. La letra era perfecta, muy perfilada; la ortografía, del tipo que Andrés Bello preconizó: i por y, j por g. Al principio, temí naturalmente una broma. Mis primos me aseguraron que no, que eran cosas de Ireneo¹⁶.

Obviamente, esta memoria anómala, no podía tener sino un anómalo sentido del tiempo: las expresiones “todavía ignoro el latín” (entrecomillada) y la promesa (sagrada) de devolverlos en buen estado e inmediatamente, denotan que el sentido del tiempo es, en Funes, distinto. De nuevo la distancia, de nuevo la sincronía (desde fuera) insoportable:

No supe si atribuir a descaro, a ignorancia o a estupidez la idea de que el arduo latín no requería más instrumento que un diccionario; para desengañarlo con plenitud le mandé el *Gradus ad Parnassum* de Quicherat, y la obra de Plinio¹⁷

Sin duda, para *ojos comunes* la tarea de Funes requeriría lo propio de las cosas valiosas: tiempo y esfuerzo. Ambas cosas serán desmentidas, y Funes se librará del pretendido desengaño, implícito en el envío... Aproximadamente una semana después, *accidentalmente*, el narrador (Borges) tuvo que pedirle que le devolviera los libros.

Al llegar a su casa, no sin ciertas mediaciones debidas al recibimiento de la madre de Funes, y la (casi) absoluta falta de iluminación, el narrador terminó por descifrar (sólo después de la infinita conversación) las palabras de Plinio: *ut nihil non iisdem verbis redderetur auditum*. Como justificando su prematura e inesperada visita (así como la narración de la misma), se nos dice:

Sin el menor cambio de voz, Ireneo me dijo que pasara. Estaba en el catre, fumando. Me parece que no le vi la cara hasta el alba; creo recordar el ascua momentánea del cigarrillo. La pieza olía vagamente a humedad. Me senté; repetí la historia del telegrama y de la enfermedad de mi padre. Arribo, ahora, al más difícil punto de mi relato. Este (bueno es que ya lo sepa el lector) no tiene otro argumento que ese diálogo

16 Íbid. p.124-5

17 Íbid. p.125

de hace ya medio siglo. No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Ireneo. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que mis lectores se imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche¹⁸

Nuevamente la distancia, explicitada claro está. Ahora, se nos alerta del argumento del relato, ya antes se nos dijo su ser. El texto de Plinio ya aparecía como *auctoritas* para las posteriores tergiversaciones, las cuales van a identificarse como tales: de ahí las preferencias que nos advierte nuestro autor, de ahí que se nos invite, se nos anime, en una suerte de petición débil, a participar en el relato. Esto último, no tiene nada que ver con una orden o una súplica.

3. Complicada amistad

*Quien es radicalmente maestro, dice Nietzsche, no toma ninguna cosa en serio más que en relación con sus discípulos, - ni siquiera a sí mismo*¹⁹. Por el momento, la figura de Funes no parece acomodarse a este aforismo. En efecto, se nos ha presentado a un Funes más bien hurraño, cimarrón (según Pedro Leandro Ipuche). No obstante, el maestro, ahora fuera del aforismo, no siempre es fácilmente digerible, ni como persona, ni como docente (asociado o no a parámetros institucionales). Hay, quizá, una cierta conciencia iluminada en la figura del maestro, parece ser una denominación que otorga respeto, una etiqueta que es algo más que etiqueta. El maestro, por tanto, pudiera verse casi como una figura un tanto sagrada, que sólo se desacraliza allá donde el discípulo comete el *parricidio*. Y esto último, que debiera ser inevitable, es precisamente imposible con Funes, como veremos.

Ya hemos venido insinuando la polifonía inmanente, quizá, al texto. En uno de sus poemas, Borges ensaya esta polifonía. En el individuo, por ejemplo, valgan estos versos:

(...)¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?²⁰

En un soneto, de los dos dedicados a Spinoza, se dice:

18 Íbid. pp.126-7

19 NIETZSCHE, F.: 1972, 63, p.91

20 http://www.youtube.com/watch?v=RVF6t_hLWpg (12.5.2011)

(...)No lo turba la fama, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo,
ni el temeroso amor de las doncellas²¹

Si aunamos ambos versos, creo que puede decirse el presente relato se juega dentro de una sola sombra (un solo espacio), pero con una pluralidad de *voes*, de voces. Reducir la sinfonía al director (a la batuta) habría sido empobrecedor, cruel para con Funes. Respecto al soneto *Spinoza*, cabe tergiversarlo y decir que sugiere la idea de un tiempo circular (eternidad), no obstante, huelga decir que la representación temporal de esa eternidad es la simultaneidad de la expresión de Dios²². Pasando, de nuevo, a nuestro análisis, creemos que éste no inserta una concepción lineal del tiempo. Antes bien, se trataría de un tiempo circular: nada que ver, por tanto, con sucesiones temporales.

Si hasta ahora, el narrador ha *jugado con el tiempo* (con los tiempos), en adelante el juego linda con la parodia. Sin duda, existe humor intelectual en Borges, textos dadivosos los suyos.

Tendríamos que volver allá por el momento en que se accidentó Funes. Casi por una grata ironía, la minusvalía que hubiera de tocarle, le convirtió en el más válido, en el más agradecido contemplador. Funes, aun siéndolo potencialmente, devino en la antítesis encarnada del epíteto, en virtud del cual, *nihil novum sub solem*²³. Obviamente, con ello no pretendo defender la virtud de la minusvalía, lo cual sería ya una broma macabra. Pero sí es interesante señalar, la paradoja que supone que el quedarse minusválido suponga un aumento de potencia consciente, una atención desmedida al acontecer, una, por qué no, declaración de amor a los fenómenos.

4. Análisis y sinopsis

Refiriéndose a lo que años antes había llamado estilo barroco²⁴, Borges comenta que sólo las palabras que pertenecen al idioma oral son las que tienen

21 <http://www.youtube.com/watch?v=hB4sDgiz9CY> (12.5.2011)

22 La anterioridad en Spinoza no apunta hacia un sentido temporal del tiempo, no se trata de que la Substancia aparezca antes que el modo. Se trata de una anterioridad ontológica, del mismo modo que la premisa es anterior a la conclusión, pero ésta está contenida en aquélla.

23 Íbid. p.124: *Me dijeron que no se movía del catre, puestos los ojos en .la higuera del fondo o en una telaraña. En los atardeceres, permitía que lo sacaran a la ventana. Llevaba la soberbia hasta el punto de simular que era benéfico el golpe que lo había fulminado... Dos veces lo vi atrás de la reja, que burdamente recalca su condición de eterno prisionero: una, inmóvil, con los ojos cerrados; otra, inmóvil también, absorto en la contemplación de un oloroso gajo de santonina*

24 *Yo diría que Barroco es aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que colinda con su propia caricatura (...) yo diría que es barroca la etapa final de todo arte, cuando éste exhibe y dilapida sus medios. El barroquismo es intelectual y*

eficacia, sería, por tanto, un error suponer que todas las palabras del diccionario pueden usarse. Más tarde, añade que (también) es un error escribir con el diccionario. Ahora bien, continúa, posiblemente hay palabras que son comunes para mí y no lo son para otros: cada grupo humano tiene su dialecto (...), pero en fin [repite el mismo argumento], pero en fin...²⁵. No obstante, aun no usándose, esto es: a pesar de que haya palabras y expresiones en des-uso, siguen en el registro de la historia, bien sean, por ejemplo, arcaísmos (o ciertas formas de pedantería consentida). La cuestión es que la comunidad lingüística no es homogénea. Qué duda cabe, si coexisten varias generaciones, diversas ciudades, inconmensurables barrios²⁶.

Apliquemos un ejemplo que considero revelador. El te quiero del sexagenario tiene (casi) nada que ver con el te quiero emitido por el adolescente. Para éste, aquella expresión es demasiado seria; para aquél, probablemente comporte un uso frívolo del lenguaje: ¡Deben tener mucha prisa estos legos! Perdóneles, gramática, no saben lo que dicen.

Recuperamos la noción de distancia, sería conveniente, a estas alturas, señalar que tal instancia opera meta-teóricamente; las demás instancias hermenéuticas son deudoras de ésta. Tras reproducir Funes, con perfecta exactitud y traducir al español todos los casos de memoria prodigiosa citados por Plinio, nos dice el narrador:

Con evidente buena fe se maravilló de que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles²⁷.

Bernard Shaw ha declarado que toda labor intelectual es humorística (BORGES, J. L.: *Historia universal de la infamia*, Madrid, Alianza, 1981, p.9)

²⁵ <http://www.youtube.com/watch?v=VwhLrAq0Z3c> ; (14.5.2011)

²⁶ Nadie cometa la imprudencia de confundir al *cabeza* del barrio *x* con el *cabeza* del barrio *y*. Aquí cada uno busca su singularidad, y no tolera la falta de *finura analítica*...

²⁷ *Ibid.* p.127. Subrayamos, especialmente el primer enunciado. Creo detectar dos convergencias: Camus por un lado, Pessoa por otro. Respecto al francés, en un brevísimo texto, nos dice:

El ciego que sale de noche entre la una y las cuatro con otro amigo ciego, porque están seguros de no encontrar a nadie en las calles. Si encuentran un farol pueden oír a sus anchas. Rien. Mientras que de día está la piedad de los otros que les impide reír (CAMUS, A.: *Carnets. Mayo de 1935- Febrero de 1942*, trad. de Eduardo Paz Leston, Buenos Aires, Losada, 1963, p.76)

Por su parte, el portugués polifacético comenta que: *Así, no sabiendo creer en Dios, y no pudiendo creer en una suma de animales, me he quedado, como otros de la orilla de las gentes, en esa distancia de todo a que comúnmente se llama la Decadencia. La Decadencia es*

Empecemos por concretar esas, ahora, distancias: en este texto, ahora de forma más conspicua, se juega con el hiato que separa al narrador y a los interlocutores. Este hiato, estos hiatos, se centran en la capacidad perceptiva, la finura analítica, la escritura, el sentido del tiempo, la capacidad memorística, etc. Es menester que notemos cómo el olvido está inserto en la gramática misma. Resulta habitual la expresión “economía del lenguaje”, mas es cierto que ella constituye un acto voluntario. Sin embargo, en la esfera involuntaria-inconsciente, habría que señalar que gran parte del lenguaje está estructurado de manera que repercute en uso confortable. Obviamente, nos ahorramos muchas diferencias usando nombres comunes, sinónimos, equivalencias, analogías. La polisemia es, para bien o para mal, una de nuestras determinaciones más caras.

Y es que *conocer es comprimir*. Los quizá más importantes recursos del pensamiento, que son los números y las palabras, forman parte de unidades de mayor envergadura. Si decimos, ejemplo usado por el propio Borges, 365, podemos decir, por des-composición polinómica, 3 centenas, 6 decenas, 5 unidades; y no sería la única manera de decirlo... Con las palabras pasa algo parecido, hablamos de familias léxicas. Pero, ¿qué ocurre con los objetos? ¿Cuál sería la unidad mínima de percepción? ¿Y de pensamiento? Estas preguntas, en esencia metafísicas, atraviesan el cuento de Borges:

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc.²⁸

Ahora bien, en el texto citado aparecen también los recuerdos. Aristóteles, esta idea es recurrente para Emilio Lledó, definía la *experiencia* como *sensación* y

la pérdida total de la inconsciencia; porque la inconsciencia es el fundamento de la vida. El corazón, si pudiese pensar, se pararía
(PESSOA, F.: 1986, p.29)

Sin duda, ambos textos ensayan formas de lucidez. El ciego de Camus ríe maliciosamente, porque el otro le considera invidente, desamparado que recibe pagas y es tratado con esa piedad artificial que se compadece con víctimas, en ocasiones, socialmente producidas. Algo que ver con la idea de *sátira* en Spinoza. Por su parte, el desengañado de Pessoa parece entender, en sintonía con Schopenhauer, que mucho sufre quien mucho detecta. Es, por ello, mejor cerrar los ojos a ciertas cosas, con la conciencia de que ejecutamos esto con voluntad trágica. Ya lo dijo Pascal: *el corazón tiene razones que la razón ignora*.

28 BORGES, J. L.: 1985, pp. 127-8

memoria. Podemos plantearnos, desde Aristóteles mismo, si al percibir percibimos objetos ordenados, objetos con *morphé*. El problema es que lo que haya de entenderse por unidad, tiene mucho que ver con la paciencia o el tiempo de que dispongamos. Cabe una solución pragmática, toda entidad es holomérica: hén kai pân. Intuitivamente suena bien, decimos que el teclado está formado por teclas, el teclado es un soporte que acoge una serie de partes, siendo éstas constituyentes al tiempo que constitutivos. Pero eso es sólo lo que vemos, si usáramos artificios como un microscopio, veríamos más cosas, nos sería más arduo predicar sobre la unidad última del teclado.

De nuevo, otra *provocación filosófica*:

Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo. Y también: Mis sueños son como la vigilia de ustedes. Y también, hacia el alba: Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras²⁹.

Preguntémonos si la memoria procede del análisis o de la síntesis, ello nos llevaría, también, a decidir hasta qué punto pueden distinguirse ambos atributos. Creo que no es preciso apoyarnos en ningún autor o escuela determinada. Antes bien, notemos que tanto el análisis como la síntesis son viables allá donde existe la posibilidad de un todo. Además, sendos procedimientos son lógicos: desmembrar racionalmente los monómeros o integrar racionalmente partes (elaborando a posteriori una totalidad)

La memoria: recuerdos y olvidos. Pero, ¿son éstos elementos antagónicos? Parecieran ser, al menos, términos antónimos. No obstante, si yo dijera: “he olvidado la poca bioquímica que aprendí”, podría añadir que soy consciente de ese olvido, habría un atisbo de lucidez. Y si dijera: “Recuerdo aquéllos tiempos en los que aprendía cierta bioquímica”. Igualmente, encontramos aquí otra forma de lucidez. Y es que hay un saber del olvido, así como una recuperación del recuerdo; del mismo modo que la ignorancia absoluta no es posible, tampoco el olvido absoluto (o la total amnesia). Retomando la primera tentativa, mejor solucionarla diciendo que ambos movimientos son inseparables: la decisión depende de si partimos de una totalidad dada, o si la totalidad la construimos merced a partes conmensurables (o conmensuradas).

Del texto citado, se desprende un interrogante fundamental. En efecto, si la sincronía de Funes es tal que para reconstruir situaciones necesita tanto tiempo como duración tuvieran tales situaciones, preguntémonos si mientras ejecuta su labor es capaz de retener el acontecer inmediato. De ser así, el asunto se plantea de forma no-excluyente: Funes usa la memoria y la sensación por separado, la ejecución del recuerdo no suplanta las posibilidades inmediatas de la sensación.

Ante el bullicio de adjetivos que Funes pudiera soltarle a Borges, el narrador nos confiesa que:

29 Íbid. p.128

Esas cosas me dijo; ni entonces ni después las he puesto en duda. En aquel tiempo no había cinematógrafos ni fonógrafos; es, sin embargo, inverosímil y hasta increíble que nadie hiciera un experimento con Funes. Lo cierto es que vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo³⁰.

De entrada, es preciso llamar la atención sobre el primer enunciado. En efecto, cómo iba a ponerlas en duda, si Funes no se rige por los patrones habituales. Funes sólo hay uno, la admiración que nos produce su sagacidad, impide, *per se*, dudar de sus perfectos testimonios; escucharle es creerle, pues desconfiar no podemos: *nulla salus*

Otro tema clásico para la filosofía está también presente en el cuento, no se trata sino de la escritura. En cierto modo, y sólo en cierto modo, la escritura y la historia guardan una estrecha relación. Si superponemos ambas creaciones, es posible conciliarlas bajo la idea de *registro humano*. Ambas, son memorias auxiliares, prolongación artificial de nuestras distracciones: escribir para no olvidar demasiado, digo demasiado porque la historia se escribe con nombres propios que subsumen nombres comunes, adjetivos, adverbios, y demás *miserables diferencias*³¹...

Funes, como buen socrático, no escribirá nada³², pero consciente de su capacidad, pudo verse tentado por la escritura:

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito, porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) Máximo Pérez; en lugar de siete mil catorce, El Ferrocarril; otros números eran Luis Melián Lafinur, Olimar, azufre, los bastos, la ballena, gas, 1a caldera, Napoleón, Agustín vedía. En lugar de quinientos, decía nueve. Cada palabra tenía un signo particular, una especie marca; las últimas muy complicadas... Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema numeración. Le dije decir 365 tres centenas, seis decenas, cinco unidades; análisis no existe en los "números" El Negro Timoteo o manta de carne. Funes no me entendió o no quiso entenderme.³³

Si Platón llevaba razón y la escritura es un *phármakon* de la memoria, Funes no debió tardar en percatarse del lado venenoso de la misma, debió centrarse más en el excipiente que en el principio activo. En el texto citado, Borges usa con ironía el verbo "pensar", pues Funes no pensaba, no si entendemos que existe distancia entre el cognoscente y lo conocido. Obviamente, el narrador sí piensa,

30 *Ibid.* pp. 128-9

31 Entiendo aquí Historia en sentido *espiritual*, quiero decir: occidental

32 Salvo la carta en la que le pedía al narrador el volumen de Plinio y el diccionario de latín, no aparece indicio alguno, salvo *extramental*, de otro escrito de Funes.

33 *Ibid.* p.129

de ahí que considerase disparatada la tentativa de Funes, así como una rapsodia de voces inconexas. Curiosamente, nos dice que Funes no le entendió, o no quiso entenderle; es por ello que se introduce la cuestión de si el gusto funesiano por el detalle, la pasión por el fragmento, se debe o no a mecanismos voluntarios. Podemos conjeturar que (en parte) sí³⁴, ya que decidió no escribir tras haber discurrido *un sistema original de numeración*.

Con la pretenciosa (o simplista) *Mathesis Universalis*, a Funes le ocurrirá algo parecido:

Locke, siglo XVII, postuló (y reprobó) idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez³⁵.

Fantaseando, supongamos la paciencia suficiente como para diseñar tal idioma (paremos también la historia para que no aparezca nada nuevo que nombrar). Con Frege, pensamos que toda *representación* es subjetiva e intransferible, así como que el *sentido* es privado pero compartible³⁶. Funes se alinea en el plano de la (re)presentación, la cual depende siempre de una situación afectiva; y (no lo olvidemos), Funes siempre estaba asombrado, porque todo era nuevo para él, siempre descubría novedades.

Sin embargo, aparece aquí algo crucial. Funes tiene conciencia del límite, sabe que morirá, obviamente no sabe cuándo, pero al menos puede conjeturar que ya ha vivido más de la mitad de su tiempo.

La insoportable precisión y minuciosidad de Funes, fue tal que desechó ambas tentativas de síntesis. La “valoración” borgeana muestra lo alocado de las empresas de Ireneo:

Los dos proyectos que he indicado (un vocabulario infinito para serie natural de los números, un inútil catálogo mental de todas las imágenes del recuerdo) son insensatos, pero revelan cierta balbuciente grandeza. Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez³⁷.

34 Subrayamos esta decisión, después veremos por qué.

35 Íbid. pp.129-30

36 FREGE, G.: *Sobre sentido y referencia*; En: VALDÉS VILLANUEVA, L. M (ed.) *La búsqueda del significado: lecturas de filosofía del lenguaje*, Madrid, Tecnos, 1995

37 Íbid. p.130

Heidegger nos recuerda que la experiencia griega de la filosofía, y por ende de toda la tradición filosófica, consistía en un estado de *correspondencia* para-con el ser: *Denken ist danken*, dirá en otro momento. Asimismo, citando a Platón y a su mejor discípulo, explica cómo el *asombro* fue considerado el afecto filosófico por antonomasia, origen y motor del filosofar³⁸. En este sentido, Funes sería muy filósofo, un filósofo muy arcaico cuyo *noein* y *legein* coincidían plenamente con la *phýsis*³⁹. Por ello, evitando todo cerco al acontecer, libre de distracciones (como la escritura), profesó un pensar sin conceptos, un decir sin discriminaciones. Eso sí, hasta que despertó, hasta que se olvidó de su concilio con el Ser⁴⁰.

5. A modo de epílogo

En un artículo reciente, el ya fallecido Richard Rorty contaba una memorable anécdota:

Cuando conocí a J.L. Austin me sentí inclinado a pensar que se trataba de otro excéntrico inglés (salido de alguna obra de Max Beerbohm o Dorothy Sayers), y, al principio, no me lo tomé en serio como colega. Después se puso a hablar de que Platón se había equivocado “de forma muy interesante, porque pensaba que los nombres comunes eran propios”. A partir de ese momento me pareció una persona con quien podía hablar de lo que a mí me interesaba⁴¹

Es posible que *el conocimiento*, en el mejor de los casos, *es una (involuntaria, pero tolerada) abreviatura del mundo*. Eso sí, de ser un error, no olvidemos que es un *error interesante*.

38 HEIDEGGER, M.: *¿Qué es filosofía?*, trad. de Jesús Adrián Escudero, Barcelona, Herder, 2006

39 Sigo aquí los sentidos dados por Heidegger a éstos tres términos (HEIDEGGER, M.: *Introducción a la metafísica*, trad. de Ángela Ackermann, Barcelona, Gedisa, 2003, pp.109-77)

40 Interpretamos, con cierta convergencia, que el fin del cuento es la toma de conciencia del insomnio, lo cual es una forma *como de despertar*. Anteriormente hemos señalado el momento en el que Funes no quiso entender, y el momento en el que Funes tomó conciencia del límite que supone la muerte (o la vigilia). Podemos también, interpretar el insomnio como una caricatura de la atención.

41 RORTY, R.: “La belleza racional, lo sublime no discursivo y la comunidad de filósofos y filósofas”; En *LOGOS. Anales del Seminario de metafísica*, 2001, N° 3, trad. de Dámaso López García, p.48 (nota 2)

Bibliografía implícita⁴²

- PLATÓN.: *Fedro*, trad. & introducción y notas de Luis Gil, Orbis, Barcelona, 1983
SPINOZA, B.: *Ética demostrada según el orden geométrico*, trad. de Vidal Peña, Orbis, Barcelona, 1980
NIETZSCHE, F.: *La visión dionisiaca del mundo*, en Estudios preparatorios de *El nacimiento de la tragedia*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, 1995
BRAND, G.: *Los textos fundamentales de Ludwig Wittgenstein*, trad. de J. Muñoz & I. Reguera, Madrid, Alianza, 1986
LÓPEZ DE SANTAMARÍA, P.: *Introducción a Wittgenstein*, Barcelona, Herder, 1986
LLEDÓ, E.: *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura*, Barcelona, Círculo de lectores, 1994
DERRIDA, J.: *Márgenes de la filosofía*, trad. de Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 2003
SAFRANSKI, R.: *Heidegger y el comenzar. Teoría sobre el amor y teoría por amor*, trad. de Joaquín Chamorro, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2006
WAGENSBERG, J.: *Si la naturaleza es la respuesta ¿cuál era la pregunta?: y otros quinientos pensamientos sobre la incertidumbre*, Barcelona, Tusquets, 2008

Jose Pedro Pizarro Suescum.
el_tito_sepe@hotmail.com

42 No se entienda esta bibliografía en un sentido marginal, simplemente creo no haber citado textualmente ningún pasaje de estos libros. No me cabe duda de que he usado ideas y terminología presente en estas obras, así como es evidente que me he permitido ciertas paráfrasis (que estimé lo suficientemente *heterodoxas*).